



Sal Terrae, 98 (2010) 631-643.

Vivir en plenitud.

Reflexiones en torno a la conformación de la afectividad del sacerdote.

*Rufino Meana S.J. es psicólogo clínico.
Enseña psicopatología en Comillas y es
director de la unidad de psicología de la universidad (UNINPSI).
rmp@chs.upcomillas.es*

Verse hoy en la piel de un sacerdote puede resultar menos sencillo que antaño. Por un lado, la cultura urbana occidental no pone las cosas fáciles a quien decide dedicar su vida al sacerdocio ministerial¹. Por otro, el desvelamiento de los desmanes de algunos ha catalizado una ola de indiscriminada sospecha sobre un ministerio que antes gozaba de gran respeto y apoyo. Seguramente las cosas se irán resituando, a medida que la lógica sensacionalista de algunos medios pierda fuerza pero la Iglesia no puede perder la oportunidad de afrontar estos momentos como tiempo de reflexión y purificación para salir fortalecida².

En nuestra reflexión sobre la afectividad del sacerdote no nos centraremos en los comportamientos enfermizos de algunos porque es un tema que requiere de un espacio exclusivo³. Con todo, no podemos hacer como si no existiesen los duros hechos desvelados en las últimas décadas que hablan tanto de psicologías perturbadas como de reacciones no siempre acertadas por parte de la institución eclesial⁴. Asumir con honestidad estas dificultades ayuda a ver con más claridad los intentos de la Iglesia por

¹ Mons. Uriarte -URIASTE, CORDOBILLA, FERNÁNDEZ-MARTOS (2009). *Ser sacerdote en la cultura actual*. Santander: Sal Terrae- hace una interesante exposición de algunos aspectos de nuestra cultura que no sustentan la opción de vida sacerdotal y, por tanto, le pueden someter a multitud de tensiones y cuestionamientos. El se refiere a la cultura del narcisismo, la primacía de la individualidad, el erotismo y sexualidad que impregnan todo, la crisis del sentido de pertenencia, la baja tolerancia a la frustración del deseo, la inseguridad radical que promueve nuestra cultura y la posición marginal que Dios ocupa en la misma.

² Más allá de la tentación de quedarse en un análisis basado en el prejuicio y la conspiración de otros (sin duda oportuno y necesario) también hay que pensar autocríticamente sobre qué parte de responsabilidad se tiene en que haya tanta gente deseando creer lo peor de los sacerdotes católicos.

³ Por citar sólo algunos niveles de análisis, habría que profundizar en asuntos como: -La prevalencia real de estas abominaciones en el conjunto de los presbíteros (un reciente estudio en Alemania habla del 0'04%). -El problema del abuso sexual a menores en una sociedad (presente y pasada) en la que el 70% de los abusos se producen en el seno de la familia, en la que existe el turismo sexual internacional con los menores como protagonistas o en la que el número de menores abusadores de menores es creciente.-El papel que ha jugado y juega el silencio en la vida de los abusados. Silencio propio y de los suyos, de quienes hubiera esperado ayuda. Silencio hecho de vergüenza, miedo y desconcierto individual y familiar. Silencio que se convirtió durante generaciones en el modo habitual de proceder ante lo innombrable y que hoy, por fortuna, está comenzando a resquebrajarse.

El conjunto de la reflexión nunca podría sonar a justificación o a 'mal de muchos...'. El reto es comprender mejor que está ocurriendo para poner soluciones con determinación y sin ambigüedades, con la esperanza de que la conmoción que hoy sacude a la Iglesia sea el preámbulo de la sacudida que nuestra sociedad está necesitando a este respecto.

⁴ Es importante el paso que da Benedicto XVI en su carta a los católicos irlandeses del pasado 19 de Marzo al hablar de *la gravedad de estos delitos y la respuesta a menudo inadecuada que han recibido por parte de las autoridades eclesiásticas*.

acertar en la selección y formación de sus sacerdotes⁵ y a mostrar a la sociedad la realidad ineludible de un cuerpo presbiteral que, a pesar de todas las críticas que se puedan hacer, trata de vivir con honestidad y entrega al servicio del anuncio evangélico. Sacerdotes que ni son peligrosos para la sociedad ni son cómplices de nada y que asisten con pasmo y vergüenza corporativa a lo que se desvela.

Conformación afectiva.

Como todo ser humano, el sacerdote busca ser feliz: sentir que su vida tiene sentido, mirar el futuro con proyectos ilusionantes y el sosiego interior de vivir reconciliado con uno mismo y su historia. Sabemos que no es la idea más extendida de felicidad pero es la que, a veces sin saberlo, se busca y llena de satisfacción. Esta felicidad habla de una afectividad encajada, conformada al servicio de la persona e integradora del resto de dimensiones antropológicas esenciales.

Alcanzar este estado de satisfacción no siempre es una tarea sencilla, se trata de un camino de constancia en el que la historia madurativa temprana será crucial y en el que los avatares de la vida pasarán sus facturas pero, también, en el que tendrán una importancia vital las diversas decisiones que cada quien tome sobre su modo concreto de afrontar su realidad particular. Es importante no olvidar que las personas tenemos cierto margen de libertad para decidir quiénes y cómo deseamos ser.

Además, no hay felicidad humana sin relaciones interpersonales reales, no manipulativas; relaciones de alteridad en las que se permite al otro ser diferente a uno mismo y por ello resultan enriquecedoras y cuestionantes de la idea que cada quien se hace de sí. Son esenciales para que el sujeto vaya conformándose, desde el temprano interjuego de identificaciones hasta los procesos más maduros de toma de decisiones personales. En la configuración del sujeto sacerdotal, tiene especial importancia la relación de alteridad con Dios, un Otro ‘cuestionante’ y dinamizador. Será una de las principales fuentes de crecimiento, fortaleza y sentido para una persona que nunca podrá entenderse sin su progresivo avance por ‘la senda de la consolación’⁶.

Nosotros vamos a fijarnos solamente en dos aspectos importantes de las personas que van viviendo en plenitud y son, a nuestro juicio, esenciales en un sacerdote. La capacidad para **ser genuino**, es una de ellas; hace a las personas significativas para otros, llama la atención, porque es un rasgo muy ligado a la universal búsqueda de la felicidad. La otra será la capacidad de **amar apasionadamente** la realidad, que incluye a los demás, porque es lo único que posibilita el descentramiento creativo de las personas haciéndolas generativas.

Sabiendo que no hay pautas formativas predefinidas posibles, un sacerdote ha de buscar el modo de cultivar estas características siempre, desde el comienzo mismo de su andadura, y ha de pedir y promover estructuras eclesiales que lo faciliten para poder

⁵ Desde ‘*Presbyterorum ordinis*’ (1965), la Sagrada Congregación para la Educación Católica ha redactado algunos documentos interesantes, por ejemplo: ‘*Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal*’ (1974), ‘*Orientaciones educativas sobre el amor humano*’ (1983), ‘*Instrucción sobre los criterios de discernimiento vocacional en relación con las personas de tendencias homosexuales antes de su admisión al seminario y a las órdenes sagradas*’ (2005), ‘*Orientaciones para el uso de las competencias de la psicología en la admisión y en la formación de los candidatos al sacerdocio*’ (2008). Incontables son los escritos de psicología y espiritualidad a este respecto.

⁶ San Ignacio de Loyola entiende la consolación como un don gratuito de Dios que produce en el orante diversos estados emocionales. Estos van desde una especie de estallido de amor hacia la realidad como consecuencia del amor experimentado al Autor de todas las cosas, hasta una emoción creciente, serena totalizante y llena de paz, causada por la sensación de presencia de Dios. Estados emocionales que producen un palpable aumento de fe, esperanza, caridad y de alegría interior.

afirmar, con Radcliffe⁷, que tiene el convencimiento de que la Iglesia le permite ser humano de una forma que no hallará en ningún otro lugar.

Genuinos para ser significativos

Desde los comienzos de nuestro desarrollo la opinión de los otros significativos constituye una nada desdeñable fuente tanto de información como, sobre todo, de modelación de la mirada que tenemos sobre nosotros mismos⁸. Un sentimiento óptimo de bienestar emocional viene acompañado de un sentimiento de estar a gusto en el propio cuerpo, de poseer un sentido existencial, pero también de “*una seguridad relativa a que se será reconocido y estimado por aquellos que tienen importancia para uno*”⁹. La vivencia de aceptación y valoración social es un elemento fundamental en el equilibrio emocional de las personas nos enseña a mirarnos a nosotros mismos y ganar conciencia de potencia, de ‘ser capaces de’, el llamado yo fuerte tan necesario para buscar metas estables y no desfallecer en su prosecución. Cuando uno no ha vivido este reconocimiento y estima es posible que surjan personalidades hambrientas de estos, siempre insatisfechas.

La mirada que se tiene sobre el sacerdote, la propia y la ajena, ha sido modelada por generaciones, enseñando a esperar ver en él una ‘imagen idealizada’ y admirable. Un discutible ideal antropológico, depositario de lo el resto de individuos deberían tender a ser -que incluiría tener resuelto su mundo emocional, sus dudas e incertidumbres- mientras que el resto de sus hermanos se debate entre depresiones y ansiedades, crisis existenciales, infidelidades y oscuros asuntos de todo orden.

No es de extrañar que algunas personas con dificultades para obtener aceptación de un modo natural se incorporen a un colectivo buscando una identidad, *pret a porter*, que les ofrezca reconocimiento social y autoimagen satisfactoria. Esto no les da resultado porque nadie puede organizar su vida siendo quien no es sin pagar el precio de la infelicidad y la tensión social. En los años 60 ya hacía referencia a esto Helene Deutsch al hablar de un tipo de personas que viven la vida *as if*, ‘como si’, para referirse a sujetos que involuntariamente viven sin ser totalmente genuinos¹⁰. Apunta a un asunto que preocupará a muchos en el campo de la psicología y de la espiritualidad¹¹ precisamente por lo que decíamos: la falta de ‘genuinidad’, por involuntaria que sea, pasa factura en forma de honda insatisfacción propia y ajena.

En nombre de un mal entendido ‘dar buen ejemplo’ algunos sacerdotes terminan por mostrar una imagen acartonada de un ser humano que, aparentemente, no participa de ‘las angustias y las tristezas, las alegrías y las esperanzas de los hombres’. Bien sea por ganar aceptación social o por aumentar su autoestima, los empeñados en ser ejemplares, más que genuinos, terminan por encontrarse sumergidos en la tristeza del sinsentido, de

⁷ RADCLIFFE, T. (2009). *¿Por qué hay que ir a la Iglesia? El drama de la Eucaristía*. Bilbao: DDB.

⁸Es célebre la bella imagen de Kohut cuando dice que no hay nada que desarrolle más la autoestima que haber vivido la experiencia de captar el ‘brillo afectuoso en la mirada de la madre’.

⁹ERIKSON, E. H. (1980). *Identidad. Juventud y crisis*. Madrid: Taurus.142.

¹⁰ ‘No parece haber nada que sugiera un desorden, el comportamiento no parece anormal, las habilidades sociales entran dentro de la normalidad y las expresiones emocionales no llaman la atención. Pero, a pesar de todo esto, algo intangible distancia a estas personas del resto y uno no puede menos que preguntarse ¿qué está mal aquí?(...) es como la interpretación de un actor que es técnicamente bueno pero a quien le falta la chispa necesaria para que su actuación sea como la vida misma’ -DEUTSCH, H. (1965). *Neuroses and character types*. New York: IUP. 262ss-

¹¹ Merton dice: *Mi ‘falso yo’ es quien yo quiero ser pero que no existe, porque Dios no conoce nada acerca de él. (...) es el que quiere existir fuera del alcance de la voluntad y del amor de Dios. Un yo así sólo puede ser ilusorio (...) una vida dedicada a adorar este falso yo es lo que podemos llamar una vida de pecado*. -MERTON, Th. (2003). *New Seeds of contemplation*. Boston: Shambhala.36-

la acritud existencial o de grietas morales inconfesables que les atormentan. No se dan cuenta de que el ideal de perfección cristiano no está tanto en mostrarse habiendo alcanzado una meta cuanto en el coraje y sentido con el que cada uno encara su imperfecta humanidad. Esto suele resultar menos ‘bonito’, bien lo saben los santos y lo llaman humildad. Cuando lo que se pretende es ofrecer un ser humano ‘admirable’ obedeciendo a un plan institucional, al sometimiento a una inercia histórica o a la búsqueda de compensación de una carencia personal, la sensación de artificialidad es captada por cualquier observador mínimamente versado en el alma humana y eso hoy día no se tolera fácilmente.

El caso es que estas personas, a veces incluso con buena voluntad y la intención de alentar a otros, tratan de constituirse en especie de ideal aún sabiendo que no lo son. Parten de un principio paternalista que devalúa a sus interlocutores, operan como si el resto de personas no fueran capaces de nadar en los claroscuros en los que ellos navegan, y pueden llegar a ser muy duros en su nivel de exigencia hacia los demás. Los que son menos conscientes de sus limitaciones, al saber menos de sí, pueden generar más dolor a otros. Llegando a creer que esa autoimagen idealizada responde a su realidad, pueden volverse soberbios, intolerantes y ‘martillo de herejes’. No resulta raro encontrar ahí personas que afirmen que en lo relacionado con el mundo emocional, con las incertidumbres personales o con la lucha interior lo tienen todo resuelto. En este caso el cáustico, y cuestionable, Drewermann tendría razón al comentar: *Lo que pasa, en realidad, es que precisamente esa supuesta ausencia de dificultades es lo que constituye su auténtico problema*¹².

Por fortuna, son muchos los sacerdotes que pueden y saben ser genuinos. Saben mostrarse en su debilidad y en la fortaleza que les concede su honestidad, su fe y su pasión por el Reino. Saben presentarse sin pretensiones y, paradójicamente, se constituyen en un referente humano y creyente. Sus vidas responden a lo que sacerdotes significativos como Pedro Arrupe o Karl Rahner ya se planteaban en torno al año 70.

Se preguntaba Rahner *¿Cómo habrá de ser y comportarse el sacerdote del mañana para corresponder de algún modo a lo que le exige su misión?*¹³ Y dirá (recordemos, hace 40 años) que tendría que alejarse de la imagen de un empleado al servicio de la religión y que no podrá emplear su ministerio para fundamentar su prestigio social sino que será la Iglesia la que habrá de acreditarse por medio de él. Rahner pronostica que harán falta personas que tengan el valor de sentirse y mostrarse impotentes para subrayar que la Iglesia no es un centro de poder y, además, que la frontera entre su vida pública y privada tendrá que verse muy desdibujada para mostrar que su vida está gobernada por la incomprendibilidad de Dios. Debería ser alguien convencido de que la misericordia de Dios puede actuar sin contar con él, alguien con el corazón traspasado por la experiencia de la propia miseria, su radical incertidumbre y por la locura de amar.

Unos años después, Arrupe, dirá a propósito de esto último: *el sacerdote debe de ser el hombre del amor*¹⁴. Alguien capaz de mirar, escuchar, hablar, juzgar desde el amor que brota del Amor de Dios para ser capaz de encarar los obstáculos y superar las viejas estructuras que ya no sirvan, *siempre en la absoluta fidelidad a la Iglesia a la que servimos humildemente porque la amamos apasionadamente*.

A día de hoy podemos y debemos preguntarnos *¿cuánto hemos avanzado?* *¿Se ha logrado alcanzar y transmitir una imagen del sacerdote caracterizada por su*

¹² DREWERMANN, E. (1995). *Clérigos. Psicograma de un ideal*. Madrid: Trotta. 488.

¹³ RAHNER, K. (1970). “El hombre del corazón traspasado”: *Siervos de Cristo. Meditaciones en torno al sacerdocio*. Barcelona: Herder. 136-145.

¹⁴ ARRUPE, P. (1981). *Sacerdotes para la Iglesia y para los hombres (1976)*: La iglesia de hoy y del futuro. Sal Terrae: Santander.

honestidad antropológica, por su capacidad de amar como amó Jesús de Nazaret, por su empuje creativo para hacer llegar evangelio de Jesucristo al corazón de los hombres de cada tiempo? ¿O, más bien, la de un personaje con un constante grado de indignación, temor o rechazo ante la realidad que le ha tocado vivir, visto como alguien extraño?

Para constituirse en 'signo', el sacerdote ha de ser percibido por el conjunto de la sociedad como 'uno de los nuestros' al que se mira con respeto humano. Esto no es fácil, porque esa identificación como miembro del conjunto no puede venir dada, sin más, por mostrar que uno es como los demás y que no hay nada que le diferencie en su intento de llevar una vida digna, ética, altruista o de Fe. ¿Cuál sería su 'significatividad' entonces? Sin embargo, tampoco puede caer, como decíamos antes, en tratar de mostrar una especie de cumplimiento ilusorio de todos los ideales imaginables 'para servir de ejemplo' porque eso es vivir desde una doble falsedad, la personal y la que supone olvidar que el único modelo imitable para todos es Cristo.

Ser identificado como 'uno de los nuestros' por los demás es que el común de las personas pueda encontrar en el sacerdote alguien con quien poder identificarse en la lucha cotidiana por dignificar la propia existencia porque no desfallece a pesar de sus fracasos personales y sociales, recibiendo su fuerza de un misterio que apenas puede formular. Hoy hacen falta débiles inquebrantables por la Fe con autenticidad no pretenciosa que porten esperanza¹⁵, personas que ayuden a afrontar sin temor la fragilidad humana que se desvela en la incertidumbre o el no saber, en la soledad que pesa, en el miedo, en la necesidad de otros, en el envejecer... y no caer víctima del engaño de la omnipotencia o del desánimo escéptico. El sacerdote que puede atravesar esta ruta de fragilidad y salir íntegro y esperanzado está en condiciones de ser 'significativo' para otros. Así, cuando más de uno se pregunte ¿de dónde viene su fuerza? Sólo habrá una respuesta posible.

Seguramente, no haya signo más contracultural que vivir desde estas claves que hacen al sacerdote auténticamente humilde y, por tanto, comprensivo y amable (con la cualidad de ser amado por otros).

Apasionados con creatividad generativa.

Uno puede vivir sin complicarse la vida, al hilo de lo que venga, permitiendo que las circunstancias y otros le lleven, sin comprometerse existencialmente con nada. Sí, se puede vivir de modo escaso, reduciendo la propia existencia a unos cuantos principios esqueléticos y simplificantes. Hay personas que no ven que la realidad está preñada de posibilidades y puede ser sorprendente, provocadora y apasionante. Pasión que brota de tener un objetivo existencial que moviliza a la totalidad del individuo en su trabajo, relaciones interpersonales, opciones vitales, decisiones varias, etc. El ser humano que vive sin amor apasionado y sin horizontes que le dinamicen se marchita, se vuelve seco y estéril. Su existencia se convierte en 'in-útil' y 'sin-sentido'.

El sacerdote es una persona con horizontes apasionantes y una llamativa capacidad de amar. El corazón se le va de modo incontenible detrás de Jesús y su Reino, por tanto tras la causa humana. Por ser así, extraña la impresión que no pocos tienen de que el sacerdote es alguien de emociones contenidas (incluso incapaz de amar o

¹⁵ Como a muchos otros que han escrito sobre este tema, a mí también me ha impresionado la cita del P. Buckley que nos trae Cozzens: *Acerca de todo seminarista a punto de ser ordenado, habría que preguntarse ¿Es este hombre suficientemente débil como para ser ordenado sacerdote?... ¿Es este hombre lo suficientemente imperfecto como para no inmunizar su vida frente a todo sufrimiento importante, para estar en condiciones de aceptar una cierta dosis de fracaso, para saber qué significa ser una persona normal y corriente?* -COZZENS, D. (2003) *La faz cambiante del sacerdocio*. Santander: Sal Terrae. 117-.

vincularse fuertemente), distante, mustio, poco creativo, temeroso de novedades, etc. ¿Responde esta impresión a una distorsión de la realidad o es objetiva?

Es cierto que a veces en nuestra cultura el varón no sabe expresar adecuadamente su mundo interior y, por tanto, el amor que le habita; más en el caso de un célibe. Algunos sacerdotes podrían dar una impresión equivocada que cambiaría si se observara con cuidado su vida entregada de trabajo altruista, de honesto descentramiento¹⁶. Lo terrible es cuando la mencionada impresión social realmente desvela una atrofia de la capacidad de amar y de entregarse.

Akhtar, un notable y reputado psicoanalista contemporáneo, habla de ‘enfermedades contemporáneas del amor’¹⁷. Nos dice que podemos encontrarnos con cinco grandes tipos: Los que padecen incapacidad para enamorarse, los que son incapaces de permanecer en el amor, quienes tienden a poner su corazón en amores equivocados que terminan por dañarles, quienes no pueden desprenderse de ‘amores’ perniciosos optando por nuevas vías de gratificación emocional y aquellos que no pueden llegar a sentirse queridos. A poca imaginación que tengamos, no nos resulta difícil ver que un sacerdote con alguno de los mencionados perfiles va a ser infeliz y hacer infelices a muchos. En un tiempo en el que, cada vez más, el mensajero es el mensaje, sacerdotes fríos sin pasión resultan ser funcionarios estériles, ‘especialistas sin espíritu’ (en palabras de Weber). Nada parecido a un sacramento vivo del amor misericordioso de Dios. Esto es algo que hay que detectar desde el comienzo de la andadura hacia el sacerdocio y, si es posible, ayudar a cambiar esta inercia¹⁸.

Sólo desde la premisa de un sacerdote ‘apasionable’ se comprende y se puede sostener el celibato sacerdotal. En la opción celibataria intervienen diversos factores, incluida la voluntad, pero resulta imposible e in-significante si no es la expresión del amor apasionado por Jesús y su Reino. Es fundamental lo que la abstinencia sexual significa y nunca puede significar que el sujeto padece represión, culpa o miedo... sino pasión. En ocasiones, el problema está en invertir el orden de las cosas. Uno no es célibe para amar más (es verdad que el celibato posibilita un amor más universal pero nos parece un modo utilitarista y escaso de verlo) sino todo lo contrario: el celibato es una consecuencia de su pasión por algo/alguien. El sacerdote es célibe por amor a Jesús y su causa, el Reino. Además, de este orden de las cosas se desprende también que quien ama será inevitablemente alguien abnegado, generoso y más preocupado de las necesidades de otros de las suyas propias; es algo que va en la esencia misma de amar. De nuevo, forzar las consecuencias del amar en nombre de una ascesis mal entendida, sin sustentarlas en una persona capaz de hacerlo, fabrica ‘falsos self’; personas que pretenden vivir mostrando los signos visibles de quien ama pero sólo eso, se desmoronan tan rápidamente como se construyen.

La persona que aspira a una vida célibe por amor, a pesar de ocasionales fracasos, experimenta un profundo sentido existencial inalcanzable por las personas con dificultades en el amar que han elegido, por diversas razones, un estado de vida que exige el celibato. Estas últimas, se van a ver sometidas a un sinnúmero de tensiones que les conducirán, al menos, a ser insoportables para otros y para sí mismos (ansiosos, malhumorados, frustrados e insatisfechos eternos). Algunos vivirán buscando

¹⁶ Capítulo aparte se merecería el reflexionar sobre que actualmente es necesario ser más capaz de mostrarse emocionalmente que antes para ser más eficaces en lo que se quiere anunciar y habría que ver cómo lograrlo sin caer en la cursilería o en el sentimentalismo adolescente.

¹⁷ AKHTAR, S. (1999). *Inner Torment. Living between conflict and fragmentation*. Londres: Aronson. 79ss.

¹⁸ Decimos ‘si es posible’ porque hoy no suelen abundar los candidatos post-adolescentes que aún tienen mucho que madurar. Más bien suelen llamar a las puertas del sacerdocio jóvenes adultos que resultan mucho más refractarios a reconfiguraciones psicológicas fuera de una psicoterapia reglada.

soluciones provisionales para su insatisfacción que les harán navegar por su particular ‘Mar de los Sargazos’ hecho en cada caso de dificultades diversas: desde sistemáticas rupturas del celibato (con o sin culpa), hasta fantasías compensatorias diversas (con o sin cumplimiento) o, incluso, serios problemas psicológicos sobre la base de una doble vida en la que, buscando dar satisfacción a su insatisfacción existencial, se han terminado por ver en medio de auténticas adicciones.

Una consecuencia natural de las personas que viven volcadas fuera de sí es su capacidad de **generatividad**. Un buen test para saber si alguien es maduro y con capacidad de amar es preguntarnos ¿qué deja tras de sí? Y es que la persona generativa va dejando parte de sí en la realidad amada y, en la medida de sus posibilidades, la va transformado para otros. Erikson nos recuerda que *“existen personas que no aplican esta tendencia a su propia descendencia, sino a otras formas de preocupación altruista de creatividad que pueden absorber sus tendencias parentales (...) el concepto generatividad incluye la productividad y la creatividad (...) tiene que ver con la capacidad para perderse uno mismo”¹⁹*.

Sin esta vivencia se va apoderando del ser humano un vago sentimiento de estancamiento, hastío y empobrecimiento. Es la vivencia de la esterilidad antropológica propia de quien sólo vive para sí. Erickson mismo dice que los individuos comienzan con frecuencia a complacerse y cuidarse a sí mismos como si fuesen su propio y único hijo, aparece una precoz invalidez, física o psíquica, la preocupación acerca de sí mismo lo va tiñendo todo.

La amenaza del egocentrismo sobrevuela con más insistencia en los últimos años de los sacerdotes desapasionados que, mirando atrás, no se ven habiéndose dejado a sí mismos en otros y/o en una tarea. No faltan sacerdotes apasionadamente generativos, pero tampoco son escasos quienes van languideciendo en una vida marchita y esto no puede dejar de interrogarnos. ¿Por qué hay sacerdotes que no sienten que su vida en la Iglesia es generativa? Evidentemente, es un problema complejo en el que hay que considerar aspectos tanto personales como institucionales. A nuestro juicio, hoy hay peligro de que estos últimos tengan un mayor relieve del deseable en el problema que planteamos.

Vivimos tiempos de individualismo relativista en los que cada sujeto se siente autoridad; es un momento delicado para las instituciones jerarquizadas. Ante el temor de una posible atomización, algunos sectores de la Iglesia están muy preocupados por delimitar bien su doctrina, su pensamiento, sus modos y maneras y por volver a pedir con intensidad a los sacerdotes que no se salgan de lo esperable, lo dictado, lo mandado.

El riesgo es claro. Por un lado, existe la posibilidad de que algunos sacerdotes actuales vivan abrumados por un control excesivo, experimentando que se espera de ellos que sean más un funcionario ejecutor acrítico que un adulto maduro capaz de generar nuevos modos y modelos apostólicos²⁰. Por otro lado, podría ocurrir que un contexto excesivamente regulado y sin posibilidad de maniobra personal atraiga a personas para quienes la pasión creativa no sea un valor primordial; la Iglesia terminaría llena de sacerdotes con fidelidad de sometimiento pero faltos de iniciativa, genio, carisma o como se desee expresar.

¹⁹ ERIKSON, E. Op. cit. 118.

²⁰ En un célebre estudio -HOGE, D.R. (2002). *The first five years of the priesthood*. Minnesota: Liturgical Press- podemos ver que tras el celibato y la soledad la tercera y cuarta fuente de insatisfacción entre jóvenes sacerdotes que se están planteando abandonar el ministerio, se encuentran: el duro modo en el que se ejerce la autoridad en la Iglesia y el que se espere de ellos que transmitan y representen algunas enseñanzas de la Iglesia con las que están en desacuerdo.

En cualquiera de las dos hipótesis, estaríamos ante un verdadero drama para una institución que durante milenios se ha visto bendecida por el arranque carismático de algunos, la disidencia creativa de otros, el empuje generativo de muchos que, no sólo han pasado a la historia como santos, sino que han logrado que muchos otros alcancen altas cotas de felicidad personal y de confianza en la institución eclesial.

Sí, la Iglesia necesita apasionados (sacerdotes y laicos) que la sientan suya y la vayan conduciendo creativamente, lejos de tentaciones inmovilistas, dejándose a sí mismos en el camino. José Antonio García²¹, citando a Eugen Biser, nos recuerda que el hombre y la mujer contemporáneos quieren ser palabra en la Iglesia, no sólo oídos y manos, para prolongar históricamente a Jesús en su pasión por Dios y por la humanidad. Nos parece una bella síntesis de lo que venimos diciendo y un reto tanto para los individuos como para la institución. El sacerdote hoy, más que una formación constante, necesita cultivar una constante tensión conformadora que le reafirme como sujeto maduro en equilibrio. Alguien que, anclado en una honda experiencia de Dios, puede experimentar también la satisfacción personal de sentir que la propia palabra es escuchada, la iniciativa no siempre frenada, el cuestionamiento seriamente considerado, la creatividad alentada... para vivir con el convencimiento de que en la Iglesia se puede ser humano de un modo que no hallará en ningún otro lugar: genuino, apasionado, creativo, generativo.

²¹ GARCÍA, J.A. (2009). *Retos de la Iglesia en España*: Sal Terrae 97. 193-204.